

Por orden de 4 de Octubre comunicada al Cuartel Maestre, se previno que todos los víveres, pasturas y medios de transporte que pudiera utilizar el enemigo, por hallarse aquellos á uno y otro lado de las carreteras que del Estado de Veracruz conducen á la ciudad de Puebla, fueran trasladadas con la mayor rapidez á esta población, previa la indemnización correspondiente hecha en los términos que en la misma nota se especificaba.

Un decreto de fecha 16 de Noviembre ordenó á los dueños ó encargados de las fincas cercanas á los lugares invadidos y próximos á los caminos que conducen de Veracruz, Tlaxcala y Puebla á México, levantar las semillas y pasturas que tuvieran en las sementeras, así como el que sacaran de los graneros las que hubiere almacenadas, y las remitieran á las dichas ciudades de Puebla ó México, durante los días que faltaban para terminar el mes.

En virtud de una solicitud hecha por los ciudadanos José Juan Sánchez, Felipe de Jesús Isunza, José Antonio Marín y otros más, pidiendo la exhumación de los restos del mártir de Izúcar de Matamoros, C. Miguel Cástulo de Alatraste,¹ sacrificado en esta población el 11 de Abril anterior, y su traslación á la ciudad de Puebla de Zaragoza para ser inhumados definitivamente, el C. General en Jefe del ejército de Oriente expidió el decreto que sigue:

“Jesús González Ortega, etc.

“Que en uso de las amplias facultades de que me hallo investido, he tenido á bien decretar lo siguiente:

“Art. 1º Se declara benemérito del Estado al C. Miguel Cástulo de Alatraste, y su nombre será inscrito en el Salón de sesiones del H. Congreso.

“Art. 2º Su viuda disfrutará de una pensión vitalicia de cien pesos mensuales, que le serán pagados por el Tesoro federal. Sus hijos serán admitidos de preferencia en los establecimientos de enseñanza secundaria.

“Art. 3º Se hará la exhumación del cadáver del citado ciudadano, trasladándolo á esta ciudad.

“Art. 4º El C. General Cuartel Maestre del ejército de Oriente,

¹ De este ciudadano que fungió como Gobernador constitucional del Estado de Puebla, y que prestó importantes servicios á la causa liberal en la “Guerra de Reforma,” hemos dicho lo necesario en el curso de esta Obra.

se encargará de disponer los honores que son debidos á la clase del ilustre finado, cuando lleguen sus restos mortales, procurando que sean con toda la pompa posible.

“Por tanto, etc.

“Dado en el Cuartel General, en Puebla de Zaragoza, á 28 de Octubre de 1862.—*Jesús G. Ortega.*”

Como consecuencia de lo anterior, el General Negrete que fungía de Cuartel Maestre del ejército de Oriente, ordenó con fecha 6 de Noviembre de 862, las exequias que como Capitán general de ejército con mando, debían hacerse al cadáver de Alatraste, quien, según lo tenemos dicho, fué fusilado en Izúcar de Matamoros el 11 de Abril de 1862: la exhumación se verificó con mucha felicidad, el 3 de Noviembre, haciéndole la brigada Pinzón los honores, desde el acto que fué sacado de la tierra.

El 7 de Noviembre, como lo dispuso el Cuartel Maestre, en la orden general del día, se reunieron en el palacio de gobierno las autoridades, jefes y oficiales francos, corporaciones, alumnos de los establecimientos de enseñanza y muchos particulares, para acompañar al C. General en Jefe á esperar los restos de la víctima.

A las tres de la tarde salió la comitiva presidida por el General Ortega, y compuesta de éste, del General Mejía, Inspector del ejército, del Cuartel Maestre, de los generales Osorio y Berriozábal y de sus respectivos Estados mayores.

La carrera del tránsito estaba cubierta por una compacta valla que formaron más de seis mil hombres, mandando la línea el C. General Francisco Lamadrid: las calles desde frente á Catedral hasta el Paseo Nuevo, estaban llenas de cortinajes de duelo, y en los edificios públicos aparecía izado á media asta el pabellón nacional.

Recibió el cuerpo el Coronel Nicolás Prieto, que entregaron los ciudadanos Coronel José de J. Carrillo y el Comandante militar de Cholula, José Mariano Rosales.

Instalada la comitiva en el templete preparado al efecto, hablaron en prosa el Lic. D. José Adrián Cantú, y en verso el Coronel D. Mariano E. Ramos: terminado el acto, la comitiva se dirigió al Palacio del Ayuntamiento, donde fué depositado el féretro.

El 9 de Noviembre, fué conducido el cadáver al Paseo de San Francisco, donde hicieron uso de la palabra el Lic. D. Felipe de J.

Isunza y el Coronel D. Ignacio Romero Vargas, quien leyó una sentida elegía; concluido lo cual, fué inhumado el cadáver en el Panteón de San Francisco, disolviéndose la comitiva.

La Nación agradecida premiaba, de la manera que dejamos descrita, el valor y los servicios de uno de sus buenos hijos, y puesto que se trataba de recompensar á los defensores de la nacionalidad, el Congreso de la Unión decretó un premio honorífico á los valientes defensores del "5 de Mayo," premio que por su alta significación convirtió el acto en una fiesta grandiosa, á la que concurrieron el Presidente de la República y su Ministerio, Comisiones de la Cámara federal y de la Junta Patriótica, y una multitud de curiosos, ávidos de ver y presenciar un acontecimiento tan notable, y de visitar los sitios que la victoria acababa de consagrar, y que se preparaban para sostener rudos y sangrientos combates.

El Sr. Juárez y su acompañamiento salieron de la Capital el 28 de Noviembre, habiendo sido objeto de las demostraciones más expresivas en todos los lugares del tránsito: á las ocho de la noche llegaron á la Garita de México, y en el acto hicieron las baterías los saludos de Ordenanza: apeado el acompañamiento de los carruajes de camino, pasó á los coches y demás vehículos que le estaban dispuestos, y organizada la comitiva, abriendo la marcha los batidores, se emprendió la marcha hacia el interior de la ciudad.

"La entrada en Puebla, dice el Sr. Iglesias,¹ fué en alto grado poética. Floridas divisiones del ejército de Oriente, de altivo porte y continente marcial, cual corresponde á soldados vencedores de los primeros del mundo, llenaban la vasta carrera que se extiende desde la Garita hasta el Palacio de gobierno. Al pasar la autoridad suprema por delante de aquellos aguerridos batallones, se presentaban las armas, sonaban las músicas, se oían vivas entusiastas, y tan hermoso espectáculo era iluminado por los claros rayos de la luna, que se mezclaban con los de las luces de muchos edificios públicos y particulares.

"Involuntariamente ocurría la idea de que la fuerza armada, rémora por tanto tiempo del progreso y semillero inagotable de discordias civiles, ha acabado por ser lo que debe en una sociedad re-

¹ Revistas históricas sobre la Intervención francesa, tomo I, pág. 237.

publicana; el apoyo de la autoridad civil, y la que respeta, acata y obedece, lejos de sublevarse contra ella para imponerle la ley; y la defensa pronta y leal de la independencia amenazada por las huestes del extranjero.

"Esta es, á no dudarlo, una de las más preciosas conquistas de la revolución democrática."

"Al llegar á Palacio, decía el "Boletín Oficial," imposible parecía que pudiera bajar del coche el C. Presidente; la multitud se agolpaba á pesar de lo compacto de la valla, y llegó á penetrar siguiéndolo á los corredores: á la entrada del salón, una comisión de los empleados principales y jefes de las oficinas le recibió á nombre de la ciudad, conduciéndolo hasta el solio del salón de ceremonias, en el que estuvo un momento, pasando en seguida á las habitaciones que estaban preparadas para su alojamiento, mientras se dispuso el banquete que se verificó á las diez y media de la noche."

A este asistieron el Presidente, sus Ministros, el General González Ortega y casi todos los Jefes de las divisiones y brigadas existentes en la plaza: brindaron el Sr. Juárez, el General en Jefe del ejército de Oriente, el Cuartel Maestre, el Secretario de la Comandancia y otras personas.

Al día siguiente visitó el Presidente las fortificaciones y los puntos principales de la población; y el día 4 tuvo verificativo la ceremonia de la repartición de medallas, de la manera que sigue:

Dice el citado "Boletín Oficial."

"Como se había anunciado, ha tenido lugar hoy la solemne repartición de las medallas entre los soldados y Jefes del ejército que el día 5 tomaron parte en la defensa del Cerro de Guadalupe.

"La ceremonia ha sido imponente y majestuosa: á las seis de la mañana se hallaban formadas las tropas en la plaza de armas, conforme lo detalló la orden general, formadas en columna, estando al frente las que debían optar el premio: de antemano se había formado en el centro de la plaza una galería con entradas laterales, por las que debían desfilas, como desfilaron, las tropas en el acto de recibir de manos del Presidente de la República las medallas que motivaron la solemnidad.

"La comitiva salió del palacio á las nueve de la mañana, anunciándose con una salva de 21 cañonazos. Al llegar al cuadro que

formaron las divisiones, brigadas y escuadrones, en uno de los ángulos de la plaza, que fué la entrada, formaron calle los abanderados de todos los cuerpos, y condujeron entre las banderas al C. Presidente al salón de la plaza."

Hasta aquí el órgano oficial.

Abrió la sesión el C. Presidente, dirigiéndose al ejército en los siguientes términos:

"Soldados: Vengo á salutaros en nombre de la Patria, que tan gloriosamente habéis servido: vengo á felicitaros por la espléndida victoria que lograsteis contra los enemigos de la Independencia nacional: vengo, en fin, á condecoraros con las insignias que la República os ofrece para premiar vuestro valor y vuestras grandes virtudes.

X "Disputando el paso al enemigo en las Cumbres de Acultzingo, y defendiendo esta hermosa ciudad, habéis excitado la gratitud y la admiración del país entero cuyo nombre habéis levantado á la vista de todas las naciones.

"El 5 de Mayo erais pocos, y, sin embargo, quebrantasteis la soberbia de tropas vencedoras en batallas de alta nombradía. Después han venido de toda nuestra tierra millares de guerreros dignos de vosotros, y unidos alcanzaréis nuevos laureles y haréis inmortal al Ejército de Oriente.

"Soldados: llevad con noble orgullo sobre vuestros pechos las medallas que hoy recibís y que os recordarán á un tiempo vuestros ilustres hechos y la grande y buena patria que debéis salvar á todo trance.

"Vencedores del 5 de Mayo, defensores todos de la independencia nacional: un enemigo injusto nos trae la guerra y avanza ya sobre nosotros, porque nos cree débiles y degradados; aprestaos al combate y probad al orgulloso invasor que México vive, que México no sucumbirá al capricho de ningún poderoso, porque defiende la causa de la justicia, de la civilización y de la humanidad, y porque cuenta con hijos leales y valientes como vosotros.

"Soldados de Zaragoza: vosotros no empañaréis la gloria que á sus órdenes alcanzasteis. Tenéis un ejemplo que os alentará en el combate, y tenéis al frente al vencedor de Silao y de Calpulálpam que os conducirá á la victoria.

"Soldados: ¡Viva la Independencia! ¡Viva la República!"

El diputado Hernández y Hernández como presidente de la Comisión del Congreso, les arengó así:

"Soldados de la Independencia:

"La patria está contenta de vosotros, y orgullosa con vuestros triunfos. El Congreso de la Unión, justo admirador de vuestras virtudes é intérprete fiel de la voluntad nacional, os ha decretado un premio debido, que no duda sabréis llevar siempre con dignidad en esos pechos que latieron de patriótico entusiasmo en la memorable jornada del venturoso 5 de Mayo.

"El déspota aborrecido, el usurpador del trono francés, creyó fácil nuestra conquista, y nos envió altanero sus legiones; pero, ¡oh fortuna! ante los muros de Guadalupe halló, merced á vuestro patriotismo, el valladar de su ambición, el hasta aquí de sus ensueños, el sello del catálogo de sus maldades, y cualquiera que sea el porvenir de la patria, cualesquiera días que le estén reservados, sus glorias son imperecederas, vuestros nombres están inscritos en la historia con caracteres indelebles, y ni el tiempo, ni la rabia de los tiranos, marchitarán esos hermosos laureles que ornán vuestras frentes. El mundo entero os envidia, y la posteridad, al recordar vuestros hechos, os colmará de bendiciones y os llamará con justicia vencedores de los primeros soldados del mundo.

"Sufridos soldados de Oriente: en nombre de la representación nacional os felicito, y me complazco en manifestaros que ella tiene fe en vuestro valor y abnegación, y no dudo que en las primeras batallas, evocando la memoria del gran Zaragoza, sabréis triunfar otra vez, humillando para siempre á ese enemigo temerario que ya os respeta; entonces levantaréis el nombre de México más alto que esos elevados volcanes que contemplamos, para que en lo futuro, cuando el viajero los divise en alta mar, exclame con admiración: *ahí existe un pueblo libre.*

"Soldados de la libertad, valientes hijos de México: la patria enternecida os estrecha contra su corazón; habéis merecido su gratitud, pero os resta que hacer, debéis aún consumir la grandiosa misión que os ha confiado; la inmortalidad os espera. Fe en la justicia de vuestra causa, y de seguro, el pueblo agradecido, en otra ocasión tan feliz como ésta, os saludará entusiasmado con estas palabras:

¡Vivan los salvadores de la Independencia! ¡Gloria á los beneméritos soldados de Oriente!”

El General Parrodi, en nombre del ejército del Centro, se expresó en los siguientes términos:

“¡Valientes del 5 de Mayo! Os saludo en nombre del ejército del Centro que tengo el honor de representar.

“Grato es para mi alma conmovida dirigiros mi voz en esta gran solemnidad nacional, en que la República viene á demostraros su profunda gratitud, porque habéis sabido luchar con lealtad, como bravos y como buenos, en defensa de la Independencia y la libertad.

“Dignos sois, soldados, de colocar sobre vuestros corazones esas medallas, símbolo del valor y el patriotismo, con que hoy os condecora el Supremo Gobierno, en nombre de la Nación. Ostentadlas con noble orgullo. Ellas serán un testimonio eterno de vuestra bravura; y en los combates que nos esperan con las huestes del Gobierno francés, os darán á vosotros doble brío y servirán á la vez de digna emulación á vuestros hermanos de armas, que no tuvieron la fortuna de combatir al invasor bajo el espléndido sol de Mayo.

“¡Viva México! ¡Viva la Independencia nacional!—*Anastasio Parrodi.*”

El diputado D. Guillermo Prieto, el hombre todo corazón cuando se trataba de la libertad y de la autonomía de la patria, el hijo mimado de las musas, el inspirado cantor de las glorias mexicanas, leyó un discurso tan patético y conmovedor, que hizo asomar más de una lágrima en el auditorio.

Alcalde, el insigne orador y fogoso liberal, recitó una hermosa composición poética, y otra de la misma fuerza, la *Srita. Olivares*. Excusado nos parece el decir que todas estas bellísimas composiciones, expresión sincera del más ardiente patriotismo, fueron escuchadas con el más vivo interés, y aplaudidas hasta el frenesí por una concurrencia numerosa, y por veinte mil hombres del ejército de Oriente que se hallaban presentes.

“Lleno todavía el ánimo, continúa el Sr. Iglesias en sus preciosas revistas históricas, de la grandeza del acontecimiento, tuvo lugar la distribución del premio destinado á recompensarlo.

“Nunca olvidaremos aquella solemnidad los que la presenciá-

“De manos del Presidente recibieron sus medallas desde los generales hasta los últimos soldados, en cuyos pechos las prendían señoras distinguidas, que daban así mayor realce á la recompensa. Había entre los premiados algunos de tan pocos años, que á su vista saltaban las lágrimas á los ojos por un movimiento involuntario de ternura, y los concurrentes agasajaban á porfía á los que en los primeros albores de su vida la habían expuesto ya por la patria.

“Concluida la distribución, oradores elocuentes conmovieron á su auditorio con sentidos discursos, en que hablaba el corazón. Las tropas, á la voz de sus dignos jefes, prorrumpieron en vivas á la Independencia nacional, protestando sacrificarse por conservarla. No había un rostro que permaneciera impasible; no había un corazón que no latiera con violencia; no había uno solo de los que no habían recibido medalla, que no despreciara en aquel momento el peligro de muerte de cuantos llevaban al pecho tan honroso distintivo.”

Cinco horas, sin interrupción, duró el desfile para la repartición de las medallas; y durante ese lapso de tiempo estuvieron haciendo oír las músicas de los Cuerpos escogidos aires marciales, y las campanas de los templos su sonoro timbre.

A las dos y media de la tarde concluyó este acto, que estuvo magnífico; y entonces comenzaron á desfilas las tropas en columna, pasando por un arco triunfal que había sido formado en la esquina de la 1.^a calle de Mercaderes, y continuando su marcha hasta pasar frente al Palacio de Gobierno, en cuyo balcón principal las vió desfilas el Presidente de la República, acompañado de los señores Ministros, General en Jefe y demás personas de su séquito.

La ciudad toda se presentó brillantemente engalanada: el pueblo, ébrio de entusiasmo, vitoró la independencia, la libertad, al ejército de Oriente, á los defensores de Puebla y al Supremo Magistrado de la Nación.

Este día ha sido para la República un día inmortal, un día que la historia guardará solícita en sus páginas inmortales.....

Las medallas repartidas, lo fueron en el orden y cantidad siguientes:

Para los soldados de las Cumbres de Acultzingo.....	2398
Idem idem idem del 5 de Mayo.....	5017
Total.....	7410

De manera sucinta hemos querido describir los pormenores de una ceremonia de intrínseca importancia y trascendencia: su celebración coincidió con el anuncio del avance de los franceses que llegaron ese día hasta San Agustín del Palmar; y esa noticia, enardeciendo el entusiasmo entre las tropas, las preparó para la próxima lucha, les infundió el aliento de la victoria y las dispuso, ó más bien, preparó para el sacrificio, si así lo exigieran el honor, la dignidad y la Independencia de la República.

Vamos á concluir este capítulo; pero su terminación nos parece que será magnífica, insertando el siguiente artículo alusivo, obra del diputado D. Alfredo Chavero, que asistió al festival, y que dice así:

“Venimos de Zaragoza.

“La ciudad tendida como en un sueño, en el lecho del valle más hermoso que puede contemplarse, se levanta esculpida en cantería, entre el Popocatepetl, el Ixtacihuatl y la Malinche, y cierra su horizonte á lo lejos por el poético pico de Orizaba.

“Es la ciudad de los recuerdos, es la ciudad de las heroicas defensas, es la mansión de la guerra.

“Cada iglesia es un castillo, cada casa ha servido de fortaleza; no hay una columna que no tenga la marca de las balas, no hay una losa que no haya sido empapada en la sangre de un héroe moribundo.

“Se respira el valor, el entusiasmo por la pelea, y bajo el espléndido azul de un cielo tropical, el alma libre se eleva más que los volcanes, y el hombre se comprende creador como Dios.....

“En la Plaza estaban colocados catorce mil hombres, formando un bosque de bayonetas al derredor de la plataforma en que debía hacerse la repartición: avanzados hacia la plataforma estaban los gastadores de los Cuerpos, vestidos lujosamente, y los batidores de caballería. En la plataforma el C. Presidente repartía las medallas á los vencedores de los franceses, y las prendían en sus pechos las bellas manos de algunas señoritas.

“Había algo del mito de las diosas premiando á los hombres; algo de las reinas de los torneos coronando á los caballeros. No, era algo más. Era la patria representada por sus divinas hijas; era la América, era la libertad que derramaba un torrente de laureles, y desbordaba un volcán de gloria sobre los modestos soldados que con la risa en los labios habían domado á los leones de Africa, y á los jaguares de Crimea.

“Después se leyeron expresivos y tiernos discursos, entusiastas y conmovedoras composiciones poéticas.

“El sol llegó al mediodía; estaba en el zenit; parecía que se para- ba á contemplar tan sublime espectáculo, y que gozoso extendía su manto de rayos de oro para cubrir á los campeones de un pueblo libre. En ese momento, las banderas estaban coronadas por lazos tricolores, y orgullosas de haber desafiado las balas francesas, tendían al aire sus adorados pliegues: los batallones presentaban las armas; las campanas inundaban el aire con sus alegres repiques; las músicas tocaban una diana guerrera y tumultuosa; todos estábamos de pie, sombrero en mano, saludando al pabellón de Mayo, cuando el joven General Negrete, el vencedor de Guadalupe, alzando su espada, y con una voz que tenía las vibraciones interiores del alma, dijo: “*Debemos como mexicanos, cumplir con nuestro deber: salvar á la Patria, ó morir por ella.*” Doscientos oficiales que lo rodeaban á caballo, repitieron el juramento, alzando sus espadas al cielo. El Dios de las batallas debe haber sonreído en su trono de luz. Ese juramento debe haber tenido un eco hasta en el último rincón de la América.

“El General en Jefe contemplaba gozoso el entusiasmo del ejército. Era la victoria de *Calpulalpan*, que sonreía á la victoria del *5 de Mayo*. Era el progreso encarnándose con la independencia de un mundo. Era el pueblo hecho rey que se preparaba nuevamente á vencer; el ejército que había olvidado la corona de los emperadores entre el lodo de los fosos de Guadalupe.....”

“¿Cuál es el porvenir de nuestra patria? Lo podemos decir: el triunfo de los dioses, ó la tumba de los héroes.

“Que el Dios de los pueblos bendiga tus armas, soldado de la libertad, como nosotros admiramos tu heroísmo y tu sacrificio.

“¡Que el Dios de los pueblos salve nuestra Patria!”